

CUADROS DE LA HOSTERÍA

El "búho" y su yerno

Zeus, T. 68, D-51 (diario N° 5187, 6 junio 1995)

La tozudez del "búho" se reflejó desde los primeros días, y culminó en un episodio al que aludí en otro de estos cuadros.

Era una tarde de sol y los huéspedes de la hostería rodeábamos la pileta, o chapoteábamos de a ratos en el agua...

Marcelita nadaba en la parte menos profunda; Azucena y la pareja de "neumáticos Fate" tomaba el sol; yo, a la sombra de unos cipreses, resolvía crucigramas. De repente oímos unos gemidos inarticulados, que se reiteraban, y al girar la cabeza hacia la pileta vimos al "búho" en la parte más profunda, a poco menos de un metro de distancia de la orilla, que manoteaba desesperadamente, mientras trataba de forma casi inaudible de pedir auxilio, sin conseguir avanzar hacia el borde.

El joven de "neumáticos" se puso inmediatamente de pie; con un salto impecable se arrojó a la pileta y luego de un par de brazadas alcanzó al búho y lo remolcó hasta la escalerilla, donde la mujer se quedó tomándose del borde, totalmente extenuada y jadeante. Le tendieron entonces las manos para ayudarla a salir y se arrojó sobre su colchoneta, boca abajo, a despedir el agua que había tragado y recuperarse del susto.

Cuando le preguntamos qué le había sucedido, explicó que se trataba de un calambre, en una de las piernas, que según ella se había golpeado hace algún tiempo.

Personalmente le dije que si tenía problemas con una pierna, lo más prudente era que sus ejercicios de natación no los efectuase en la parte honda, sino en los lugares de profundidad media, donde no corría ningún riesgo y, en caso de necesidad, podía hacer pie. ¿Creerán que aprendió algo? Media hora después, cuando se sintió recuperada, andaba de nuevo nadando por la parte profunda, lejos de las orillas... y no contenta con ello, le decía a Marcela:

-Tú sabes nadar, ¿por qué no vienes a lo hondo?

-Porque mis padres no quieren que corra riesgos inútiles, y me lo han prohibido.

Cuando el marido apareció, rato más tarde, comentamos el episodio, insistiendo en que debía recomendarle prudencia, porque en otra oportunidad podía no haber nadie con habilidad suficiente como para salvarla. Él respondió, resignadamente -fue el primer síntoma de las "relaciones de jerarquía interna" del matrimonio- que ya en una oportunidad, en el mar, la había salvado un bañero, pero que ella no hacía caso a ninguna recomendación.

Todos estos episodios perfilaron rápidamente el carácter del búho, y contribuyeron a que nos alejásemos de su trato, para no tener choques, limitándonos a los saludos cuando nos cruzábamos, o a la hora de comer.

Ya en los últimos días de su veraneo aparecieron por la Hostería la hija, con el yerno y un par de nietecitos; no era necesario ser muy perspicaz para advertir que, bajo una capa de cortesía formal, el yerno no le tenía ninguna simpatía, ni deseaba permanecer cerca de ella.

Un pequeño episodio, del que me enteré casualmente, es bastante demostrativo. A poco de llegar había conversado con los dueños de la Hostería, anticipándose a cualquier solicitud del "búho", para que respondiesen que tenían todas las habitaciones ocupadas, en caso de que ella solicitase una pieza para hacerlos quedar a la noche, acotando:

-Ya es bastante favor el que le hice al sacarle el "clavo" de la hija...

La previsión fue acertada, pues rato después el "búho" había preguntado si tenían alojamiento para que pasasen la noche sus hijos.

Por supuesto que la anécdota, sobre todo por las acotaciones marginales, tampoco le hacía mucho favor al yerno, antiguo alumno de nuestra Facultad de Derecho, a quien yo tenía perfectamente "catalogado" pues en 1971 ó 1972 integró el grupo de una de las promociones de Civil II (Obligaciones).

En la actualidad tiene algunos kilos de más y pelos de menos, pero su capacidad de juicio no ha mejorado gran cosa, y sigue siendo una de esas personas superficiales, que pretenden obtener ventajas de todo, con el menor esfuerzo.

Tiene ya tres niños, entre los cinco años y algunos meses pero, para visitar a su suegra habían dejado a la bebita con la madre de él, para que no les fastidiase demasiado durante el paseo...

Permanecieron todo el día en la Hostería, aprovechando la pileta, comiendo por cuenta de la suegra y... dejaron a la hijita mayor con la abuela, sin detenerse a pensar que la niñita se iba a aburrir tremendamente con la pareja de viejos, pues -salvo Marcela- en ese momento no había otros niños en la Hostería. Item más: ¡recién volvieron a buscarla tres días después!

Me imagino que estos comentarios provocarán una sonrisa en muchos lectores, pues pensarán que son propios de "padrazos" que tienen el defecto opuesto: ser demasiado apegados a sus hijos. Quizá tengan razón, ya que ambos extremos son dañosos; a los hijos hay que darles desde pequeños cierta "autonomía", ¡pero jamás se debe llegar al "abandono"!

Señalaba que ya desde las épocas en que fue alumno había podido apreciar lo poco afecto que era a realizar un esfuerzo serio; para corroborar mi recuerdo reproduciré parte de la conversación que sostuvimos en la Hostería cuando, después de almorzar, salió a buscarme para decirme que no me había saludado antes porque no me había reconocido, y solamente supo quien era a raíz de una conversación con su suegra.

Cuando le conté este comentario a mi esposa encontró motivo para burlarse de mí, preguntándome irónicamente en qué quedaban mis jactanciosas afirmaciones sobre el aspecto juvenil que conservo, pese al transcurso del tiempo. La ironía de Azucena no me afectó, pues en mi fuero íntimo estoy convencido de que yo he cambiado menos que el yerno del búho en estos últimos diez años.

Rememoró a continuación sus épocas de estudiante, y "lo mucho que yo les exigía" (lo que sin duda era cierto); pero, a diferencia de lo que sucede con la mayor parte de los ex-alumnos, continuaba pensando que se trataba de un esfuerzo excesivo, al punto de afirmar:

-Yo aconsejo a todos que no cursen con Ud., porque hay que estudiar demasiado. Cuando alguien me dice que desea inscribirse en sus grupos, o que Ud. le ha tocado como profesor, le recomiendo que se cambie, ¡salvo que sea un suicida!

Después de estas expresiones no le he preguntado a qué se dedica: ¿ejerce la abogacía, o es un simple "cobra pesos"?

¡Qué desilusión! ¡Yo pensaba que casi todos mis ex-alumnos, después de aprobar la asignatura quedaban agradecidos por los frutos que obtenían del esfuerzo realizado, pero las palabras de este

"joven" me han permitido comprobar el error en que me encontraba!

Ahora advierto que hay quiénes jamás sabrán apreciar la diferencia que existe entre "aprobar" una materia y "aprenderla", y durante toda su vida continuarán el camino teniendo como meta exclusiva el "pedazo de papel" que recibe el nombre de diploma, sin preocuparse para nada por el "conocimiento".

Dirán ustedes que puede tratarse de una excepción y que las excepciones confirman la regla...; pero aunque la excepción sea una sola, y muy aislada, resulta dolorosa para el maestro. La única suerte es que a mi edad ya me siento suficientemente "viejo" como para decepcionarme.

Las vacaciones del búho tocaban a su fin, y días antes de que nosotros regresáramos, cargaron su automóvil y abandonaron la Hostería. Esa mañana, después del desayuno, ella se acercó para despedirse; él, en cambio, continuaba hosco y distante, desde el día en que impedí que derrotara a su mujer en aquella partida de ajedrez, actitud de resentimiento que dejaba traslucir la tremenda frustración que le había provocado. En ese momento le tuve lástima y sentí remordimientos.

CRITICÓN (L.M.E.)